

Borges y su zoología fantástica: una apreciación personal

M. Bond

Sin lugar a duda, a pesar de todo lo que se ha dicho o señalado sobre Jorge Luis Borges y sus aparentes contradicciones, en él confluyen lo Universal, lo Argentino y lo Porteño. Pocos como Borges supieron cantar a Buenos Aires, ciudad fundamental en lo que fue la génesis de la Argentina y lo argentino, y nadie como él en sus libros demostró la universalidad de su cultura. Así entre malevos de Palermo, inmortales del mundo clásico, bibliotecas perdidas, sagas nórdicas y tantas cosas maravillosas, Borges también se ocupó de escribir sobre una notable serie de animales imaginarios de varias culturas, algunos puramente fantásticos y otros que reconocían una ligazón, muy tenue a veces, con animales existentes o cercanamente extinguidos de la fauna viviente o real. Este bestiario fantástico tomaba relatos de cuando la geografía y las ciencias naturales eran jóvenes, y entonces los viajeros traían noticias de animales a cual más fabuloso. Así se iban sumando criaturas maravillosas que además de engrosar la literatura, aumentaban los terrores de aquellos que se aventuraban hacia lo desconocido. Sin embargo, fuera por audacia y codicia también, los navegantes y viajeros fueron develando los secretos de las tierras y los mares hasta entonces extraños, confinando y condenando lentamente a los animales fabulosos a la incredulidad y la leyenda.

A pesar de ello cuando los españoles se lanzaron a la epopeya americana, y entre otras aventuras extraordinarias, treparon el río fangoso en busca del esquivo oro y plata, aún les amenazaban en los mares criaturas terribles y en las profundidades de la selva nacía una fauna fantástica mestiza. Pero el tiempo transcurrió inexorable y con el conocimiento se achicaban las tierras misteriosas y sus habitantes. Así, cuando Nicanor Paredes se batía a cuchillo en Palermo ya no quedaba casi espacio para el misterio, aun cuando del zanjón profundo del Maldonado bien pudiera haber salido más de una criatura monstruosa. A pesar de fantasías simétricas sobre saurios prehistóricos en el sur argentino y o en los lagos de Escocia, y aunque la criptozoología, por no llamarla simplemente fantasía, reivindique la presencia de tales saurios y otras criaturas extrañas, las antiguas criaturas míticas han desaparecido y entrado definitivamente en el campo de la leyenda, los mitos y los engaños.

Sin embargo, y a pesar de lo antes señalado, los seres fabulosos se niegan a desaparecer y continúan pululando en los libros, documentales supuestamente confiables (aunque luego se demuestre lo contrario) y el cine. Así, junto a los clásicos dragones de la literatura, tenemos los nuevos dragones, los dinosaurios, que junto con remedos de

unicornios o behemoths prehistóricos, en las eras pasadas existieron junto con otras criaturas que aunque del pasado y no menos reales, debieran haber estado en un bestiario fantástico.

A continuación, hablaremos sobre algunos animales fantásticos que Borges mencionara en su libro. Y qué mejor que una serie de cronistas imaginarios para hablarnos de tales animales, configurando un linaje, inmortal no a través de un solo cuerpo, sino de incontables generaciones. Lo iniciamos, claro está, con un ciudadano del mundo clásico, un romano, un latino mediterráneo que en el mundo antiguo y en sus viajes por inmediaciones del *Mare Nostrum* o por comarcas aún más lejanas, en bibliotecas, mercados o cuarteles de legionarios leyó y escuchó las noticias sobre tales seres o también creyó haberles visto en sus travesías.

Tomando el testimonio de este viajero intrépido, podríamos entonces comenzar por el **katoblepon** (o a veces mencionado como el **catoblepas**), cuyo nombre significa “que mira hacia abajo”. De acuerdo a Claudio Eliano, el romano helenizado, este curioso cuadrúpedo mora en Libia, su figura recuerda la del toro o el buey, aunque de aspecto más fiero. De cejas muy abundantes, tras las mismas se ocultan unos ojos pequeños e inyectados en sangre, los mismos nunca miran de frente sino que clavan su vista en el suelo, de allí el nombre de este animal. Su aspecto y fama terrible se deben a los mechones de pelo que le cubren la cara y por la costumbre de comer raíces venenosas. Cuando el **katoblepon** se enoja fija sus ojos en su enemigo y arroja por las fauces un hálito fétido que rodea su cabeza y envenena mortalmente a los animales que se aproximan y respiran ese hálito. El **katoblepon** conoce su poder terrible y también los animales que se alejan espantados. Hasta allí Eliano, pero para el severo Plinio, también citado por Borges, la mirada hacia abajo no era por bondad y evitar aterrar a quienes se encontraba, sino por el peso enorme de su cabeza. Nuestro cronista imaginario podría decirnos también que en algunas partes del Asia Menor, según el griego Ateneo, la figura del **katoblepon** se confunde con un animal también de aliento venenoso, pero más parecido a una oveja, llamado por algunos llamaban **Gorgona**, aunque sin ninguna relación con las otras **Gorgonas**, aquellas mujeres de cabellera formada por serpientes y mirada petrificante, de las que Medusa, la más famosa fuera muerta por Perseo.

En Egipto nuestro cronista, seguramente leyó en Herodoto, que existía un pájaro sagrado, el **Fénix**, de alas doradas, al que nadie había visto, pero le conocían por su imagen en pinturas. De acuerdo al “Padre de la Historia”, en su libro segundo Euterpe, llegaba a Egipto cada quinientos años, volando desde Arabia hasta la ciudad del dios sol, Heliópolis, llevando el cuerpo de su padre envuelto en un huevo de mirra. Para algunos griegos, el **Fénix** cada quinientos años, volaba desde la India, al Líbano colmándose allí de esencias, llegando luego a Heliópolis, en donde se subía a un altar lleno de ramas de vid y un fuego que se encendía sólo consumía al ave. A la mañana siguiente entre las cenizas se hallaba un gusano que al segundo día se transformaba en un fénix adulto. Borges agrega además al

ocuparse del **Fénix**, su longevidad, número de años y su probable relación con los ciclos astronómicos (Borges además, señala la cantidad de autores posteriores que se ocuparon del Fénix y su transformación en un ejemplo de la resurrección de la carne).

Entre otras cosas de Herodoto y que aunque referentes a animales reales no dejan de asombrar, está su aseveración de que el camello tiene en las patas traseras cuatro muslos y cuatro rodillas (Libro tercero, Talía).

Con el correr del tiempo, nuestro romano se afinsa en Hispania, trozo del imperio ligado a nuestra génesis por los tenaces legionarios que, derrotando en África e Hispania a los fenicios, sentaron las bases de la latinidad mediterránea y el ulterior origen de la América Latina. Tras las columnas de Hércules, navegando al naciente, se halla un mar desconocido lleno de monstruos e incógnitas, sin embargo también las riquezas de nuevos imperios. Un nuevo cronista, un hispano descendiente de nuestro viejo relator romano, escucha de los reinos fabulosos y sin dudarle se embarca, lanzándose a la notable empresa americana. Más de una noche en medio del mar, le habrá parecido percibir alguna figura extraña y habrá pensado en una gran serpiente o ballena monstruosa, más grande que la nave que le lleva. Aunque, sin los terrores nórdicos del pulpo monstruoso o Kraken, le habrá preocupado más el tiempo y el viento que los monstruos imaginarios. Y sin duda, el pensamiento de los tesoros que se habían conquistado en México y Perú podían más que los terrores marinos. Así llegamos al Plata, al río dulce y fangoso.

Quería Borges, en el prólogo de su libro de los Seres Imaginarios, que los lectores de América del Sur le hicieran llegar datos sobre las criaturas fantásticas de estas comarcas a fin de agregarlos al bestiario que el presentaba. Pues bien que mejor que imaginar que nuestro cronista, en la senda de Ayolas e Irala, adentrándose en tierras extrañas en busca de las inexistentes riquezas, se encontrará con los relatos de los animales míticos autóctonos y mestizos. Así adentrándose en las espesuras de la selva guaraní, habrá conocido la leyenda del **Caá-Porá**, el gigante monstruoso que devora a la gente, acordándose de los gigantes europeos cuyos huesos y dientes de gran tamaño, aparecieran en distintas comarcas de Europa y que sin duda probaban la existencia de estos gigantes (aunque hoy sabemos pertenecientes en su mayoría a inofensivos y



1



2



3

extintos proboscideos), en la selva también habrá aprendido a cuidarse de los hombres tigres o **Yaguareté-abá** (y que con el tiempo se relacionarán con el **Lobizón** u hombre-lobo, de influencia europea). Navegando por los ríos, en naves no muy firmes, seguramente habrá tomado precauciones al conocer el relato sobre la existencia en esas aguas del monstruoso lagarto **Teyú-Yaguá**, un enorme saurio con una cabeza, o varias, en forma de perro o tigre, que con el movimiento de su cuerpo y cola, y agitando fuertemente las aguas provocaba el naufragio de las canoas. Aquellos que escapaban de las fauces del **Teyú-Yaguá** debían cuidarse de no ser devorados por el **Pirá-Nú**, el pez negro fantasmal del agua, de gran tamaño y una cabeza parecida a la del caballo.

Con el transcurrir del tiempo nuestro aventurero, fatigado de recorrer las selvas y espesuras en búsqueda de nuevos El Dorado, bajará por el río hacia donde el mismo se ensancha y reposa la ciudad de Mendoza y Garay, afincándose en los suburbios de la ciudad, en las cercanías de un lugar que se conoce como Palermo. Y ya que hemos hablado varias veces de tiempos, que mejor lugar que estos suburbios de Buenos Aires para sentir el paso veloz de la historia. Borges decía que no había sentido el tiempo en Granada a la sombra de torres antiguas, pero sí en Pampa y Triunvirato (Villa Urquiza, ciudad de Buenos Aires) en donde en cinco años se había pasado de un potrero relicto de la pampa a un “lugar de tejas anglizantes ahora”. Y así al linaje de nuestro relator imaginario, inmortal no a través de un solo cuerpo, sino de incontables generaciones, después de haber recorrido el mundo antiguo y otras épocas más, la modernidad le hubiera permitido ver los últimos duelos a cuchillo en las inmediaciones del tenebroso zanjón del Maldonado, verlo cubrirse de calle y ya en las épocas más recientes, le hubiera sido dado vivir, en un momento en que la modernidad le mostraba que de seres fabulosos en concreto, poco y nada.

Sin embargo, y para finalizar este recorrido imaginario, como comentáramos antes acerca de la reticencia en desaparecer del imaginario colectivo de los seres fabulosos, podemos volver al **Fénix**, que a lo largo del tiempo con la pira incluida, quedó como la representación de la purificación a través del fuego y la regeneración, configurando uno de los modos de la inmortalidad. Podemos suponer la gracia que le debe haber causado a nuestro cronista imaginario el ver que una

de las primeras monedas que acuñara la casa bancaria de su ciudad del río argentino, llevaba un fénix en la pira con la leyenda “ardescit et virescit”, o sea arde y vive, premonitora leyenda sobre el destino que aguardaba a la moneda que rige las venturas y desventuras de las gentes de esta tierra, una ironía que sin duda hubiera gustado a Borges.

Fuentes consultadas:

- Borges, J.L. 1975. Evaristo Carriego, pp. 1-175. Emecé Editores, S.A., Buenos Aires.
 Borges, J.L. & M. Guerrero. 1967. El libro de los seres imaginarios, pp. 1-159. Editorial Kier, Buenos Aires.
 Colombres, A. 1992. Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina. Biblioteca de cultura popular 1, pp. 1-203. Ediciones del Sol, Buenos Aires.
 Eliano, C. 1985. Historia de los animales. Biblioteca

personal Jorge Luis Borges, 32, pp. 1-311. Hyspamérica Ediciones, S.A., Madrid.

Izzi, M. 1996. Diccionario ilustrado de los monstruos, pp. 1-541. Alejandría, José J. de Olañeta, editor, Palma de Mallorca.



Figuras 1, 2, 3, y 4
 Pinturas realizadas
 por R. Bastida

4

¿“La Muerte y la Brújula” en La Plata?

F. Varela

A semejanza de Don Isidro Parodi, original detective argentino, a quien no puedo imaginar arrepentido de su pasado de peluquero y locador inmobiliario, ni doblegado por su injusto encierro, ni menos dispuesto a reivindicarse de su condición de perejil; y confinado yo —como él— pero en mi estrechez cognitiva literaria borgiana, se me antojó tratar de demostrar algo indemostrable; o que al menos nunca podría tener posibilidad de ser replicado sino en términos tan vagamente definitivos, que sólo permitirían ampliar la polémica sobre mi idea, que de continuar manteniéndola guardada en la penumbra de mi escritorio, jamás trascendería más allá de su lectura por un deudo en un futuro confío lejano e incierto, o por un cartonero que supuestamente pudiese revisar su ocasional botín y además se interesase en el panfleto.

Partiendo de la certeza —ésta si confirmada historiográficamente— que Don Jorge Luis Borges en una etapa de su vida visitaba con cierta frecuencia a La Plata, y después de haber confrontado ciertos datos urbanos y geográficos, al leer “La muerte y la brújula”, me asombró la serie de coincidencias entre los datos físicos del relato y la ciudad de La Plata.

Paso a desarrollar mi moción, cuya imaginaria o probable confirmación no haría nada “ad majorem gloriam” literaria de JLB, sino simplemente permitiría conocer la inquietud o interés intelectual que Borges habría tenido por la geométrica y matemáticamente artificialidad de la ciudad (hoy bastante disminuida por la despreocupación de

aquellos funcionarios que los romanos llamaban “ediles”).-

De “la ciudad de mi cuento”, JLB dice crípticamente que ella era “la capital”.

Y a partir de esta indicación, fui sumando referencias esparcidas como pistas a lo largo del texto, que me permiten —con mis contradicciones y limitaciones— colegir que el extravagante riguroso diseño urbano de La Plata podría haber cautivado —no sé hasta qué grado— el interés de JLB para inspirarle el cuento policial de que se trata (o al menos emplazarlos en este escenario geométrico), empero él no reconocerlo expresamente, aunque dejando indicios como para intentar concluir su seguimiento como su finalmente malogrado protagonista.

Quizás entonces nos halláramos en un enigma dentro de otro de mayor jerarquía intelectual y argumental, y estas líneas no pasarían por ello de ser un mero metarelato.-

Remito al texto literario a quienes aún no lo hayan disfrutado; me limitaré a los imprescindibles señalamientos que dan pié a mi ocurrencia:

El protagonista —detective— había adivinado la “*secreta morfología de la malvada serie*” (de crímenes, que acabarían con el mismo). Todo ello sobre la base del mapa de la ciudad, cuya trama urbana se componía de “losangues”.

“*El primer crimen ocurrió en el Hotel du Nord, ese alto prisma que domina el estuario cuyas aguas tienen el color del desierto. A esa torre (que muy notoriamente reúne la aborrecida blancura de un sanatorio, etc.*”.-

Sugiero observar el edificio de avenida 1 y calle 50, así como su proa dirigida al cercano río. (Para 1942/43 la cercanía era aún mucho más notoria, Dique de por medio y canales este y oeste aún operativos).-